NLAB

El pequeño jugador

Una fábula de baloncesto sobre la amistad, el aprendizaje y la responsabilidad

Edición en español · 27 de octubre de 2026

I

El dibujo

Eran las cinco de la mañana en un pabellón que no merecía tener nombre.

El reloj detrás de la mesa de anotadores se había parado en 2:42. Una de las canastas se inclinaba un poco hacia la pared. Todo el edificio olía a suelo de goma y a café que había estado caliente hacía unas horas.

Había pasado casi toda la noche despierta, reescribiendo las notas de nuestro primer partido. Habíamos perdido de veintitrés. Mis notas culpaban a nuestra ocupación de espacios, a nuestras decisiones y a nuestra intensidad, por ese orden. Cada versión tenía más detalles. Ninguna explicaba por qué Mara había dejado de mirarme antes del descanso.

La voz llegó desde muy cerca de mi codo y, por un momento, me sobresaltó.

—¿Me dibujas un jugador que esté aprendiendo?

Levanté la vista.

Un chico estaba de pie junto al borde de la mesa de anotadores. Tendría unos doce años. No llevaba dorsal del torneo ni colores de ningún club. Una bolsa pequeña y gastada descansaba a sus pies. En una de las cremalleras había anudada una cinta verde. Estaba completamente quieto.



El chico esperaba.

—¿Un jugador de baloncesto?

—Si eso ayuda.

Di la vuelta a una de mis hojas de partido y dibujé a un jugador con un balón. La figura estaba erguida, equilibrada y preparada.

El chico la examinó.

—Ese es un jugador que espera.

Volví a mirar. Tenía razón. El jugador esperaba un silbato, una instrucción o permiso para empezar.

Lo intenté por segunda vez. Le flexioné las rodillas, le puse el balón en las dos manos y le dibujé los ojos mirando hacia una canasta imaginaria.

—Ese es un jugador que sabe lo que tiene que hacer —dijo el chico.

—¿No es para eso para lo que sirve aprender?

—Después, quizá.

Lo intenté por tercera vez. Este jugador botaba con fuerza, la cabeza agachada, la mandíbula apretada, como si el balón pudiera escapársele en cualquier momento.

El chico negó con la cabeza.
—No parece que le guste.

—¿Hace falta que algo te guste para aprenderlo?

Sus dedos encontraron la cinta verde de la bolsa. Tardó mucho en contestar.

—No lo sé. Es una de las cosas que he venido a averiguar.

Dejé el lápiz.
—Pues dibújalo tú.

—No puedo. Por eso te lo he pedido a ti.

Hay niños que se avergüenzan cuando un adulto se impacienta. Hay otros que se asustan. Este chico simplemente esperó a que se me pasara la impaciencia.

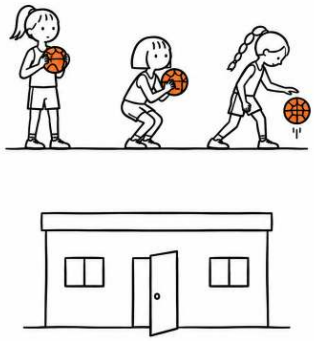
Probé con un pie que llega medio segundo tarde, con una mano que se estira hacia un pase desconocido. En el papel parecía torpeza. Cuando lo corregía, la sensación de aprender desaparecía.

Al final dibujé cuatro paredes, un tejado, dos ventanas altas y una puerta entreabierta.

—Ya está —dije—. El jugador que está aprendiendo está dentro.

El chico se inclinó para ver mejor. Los hombros se le relajaron un poco.

—Sí —dijo—. Ahí dentro hay sitio de sobra para aprender.



Dentro había sitio para aprender.

Se sentó en el suelo, junto a la mesa de anotadores.

—¿No deberías estar con tu equipo? —le pregunté.

—¿Dónde está el tuyo?

En la otra punta de la ciudad, nuestras jugadoras dormían en un hotel barato, confiando en que yo sabría qué hacer cuando se despertaran. Puse mis notas del partido boca abajo.

—¿Tu nombre está en alguna lista? —le pregunté—. ¿Un equipo, un dorsal?

—No.

Lo dijo como otros niños dicen su nombre.

Saqué la silla que estaba al lado de la mía. Primero levantó su bolsa, con cuidado, para que la hebilla no rozara el suelo, y se sentó a mi lado.

El reloj roto seguía marcando 2:42.

Así fue como conocí al chico sin dorsal.

II

Las tres canastas

El chico seguía allí cuando llegó el personal de limpieza.

Se movían a su alrededor con fregonas y contenedores con ruedas. Él levantaba los pies cuando necesitaban el suelo de debajo y los bajaba cuando ya habían pasado. Una de ellas le preguntó de quién era. Él dijo: «De nadie, hoy», y a ella le pareció, por lo visto, una respuesta razonable para un torneo.

—¿Y entonces qué haces aquí? —le pregunté cuando se fue.

—Quería ver cómo aprenden los jugadores de verdad.

—¿Quieres mejorar?

—Pensé que podría ayudar.

Miró hacia las pistas. En casi todas, las luces seguían apagadas.

—¿Tú tienes una pista tuya? —preguntó.

Pensé en las pistas que había usado prestadas durante un tiempo, alquilado, intentado alquilar y de las que me habían echado.
—Ninguna mía.

—Yo sí.

Poco a poco, su pista se fue armando con las cosas que contaba. Estaba al aire libre, detrás de una hilera de garajes, era de hormigón, tenía una valla a lo largo de un lado y una farola que en invierno se encendía demasiado tarde. No era grande ni pequeña. Una grieta cruzaba las líneas. La lluvia se acumulaba en la esquina izquierda.



Conocía cada grieta.

En el centro había un único poste de metal. De él salían tres brazos, cada uno con un tablero y un aro, cada uno mirando hacia un borde distinto de la pista.

—¿Quién construye una pista así?

—Alguien que solo podía pagar un poste.

Desde cualquiera de las canastas, aquello era media pista. Pero para atacar otra canasta no se podía ir por el camino corto. Había que salir de debajo de una canasta, dar la vuelta larga alrededor del poste, pasando junto a la tercera canasta, y salir hacia la del otro lado. Entonces la media pista se convertía en una pista entera.

El primer tablero estaba gastado por el tiempo, pero recto. Su aro de metal desnudo no tenía red.

—Esa la uso para trabajar las recepciones —dijo—. Tiro el balón contra el tablero desde todos los ángulos. Sin red, también puedo tirarlo contra el tablero desde debajo del aro. Solo cuenta que consiga recibirla.

El segundo tablero estaba torcido, y el aro estaba vencido hacia abajo por un lado. Una red vieja colgaba desigual del aro deformado.

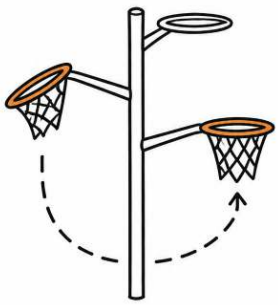
—Esa nunca te devuelve el balón como esperas. Allí somos la canasta y yo, uno contra uno. El primero que llegue a diez. —Casi se rió—. Casi siempre gana ella.

—¿Por qué no arreglas el aro?

—Es en la que más aprendo.

La tercera canasta estaba como debía estar: el tablero recto, el aro redondo y nivelado, y cada lazo de la red intacto.

—Esa la mantengo perfecta para no olvidar qué se siente cuando algo es perfecto.



Por la vuelta larga, se convertía en una pista entera.

Sus dedos encontraron la cinta verde de la bolsa.

—¿Alguien más usa esa? —pregunté.

—Alguien más pequeño. Normalmente llega antes que yo.

Sus dedos se quedaron en la cinta. Esperé a que dijera algo más, pero empezó a hablarme de la grieta de la pista.

—¿Quién te enseñó todo eso?

—Las canastas.

—Las canastas no pueden enseñar.

—¿Entonces por qué siempre pones a tus jugadores junto a ellas?

Saqué mi libreta. Él miró el lápiz.

—¿Vas a apuntar lo que he dicho?

—Puede.

—¿Y lo vas a probar?

Pensativa, miré la pista más allá de la libreta.

Me contó que todas las mañanas, antes de entrenar, daba una vuelta a su pista. Buscaba piedras sueltas, grietas nuevas y malas hierbas que asomaban entre las líneas.

—Si arrancas la mala hierba cuando es pequeña, sale con raíz —dijo—. Si esperas, se rompe y vuelve a crecer. Al cabo de un tiempo, crees que ese es su sitio.

—¿Alguna vez te saltas la revisión de la mañana?

—A veces.

Esa respuesta me alivió. Había empezado a preguntarme si alguna vez se le olvidaba algo.

—¿Y qué pasa si te saltas un día?

—Que la pista sigue ahí al día siguiente.

—Una pista siempre te espera —dijo—. Es una de las razones para tener una.

Una de las limpiadoras pasó una fregona ancha entre nosotros y borró nuestras huellas del parqué barnizado.

III

Dónde o cuándo

A las seis empezaron a llegar los primeros equipos.

Se abrieron puertas. Las bolsas golpearon el suelo. Los balones se escaparon de los carros y alguien los llamó de vuelta. Los entrenadores cruzaban el pabellón cargados de café y de certezas.

El chico observaba a una niña que practicaba un corte con su padre. Corría desde el lateral hacia la canasta. El pase golpeó la pared detrás de ella.

—Otra vez —dijo el padre.

Ella corrió más rápido. El segundo pase le dio en el hombro.

—Estás en el sitio equivocado.

El chico me miró.
—¿Lo está?

—El pase tiene que encontrarla junto al aro.

—Ya lo sé. Pero ¿el problema es dónde la encuentra o cuándo?

—¿Cómo?

—Dónde va ella. Cuándo va el balón.

La niña llegaba al sitio correcto, pero el balón llegaba después que ella. Su padre le corrigió la trayectoria. Ella repitió la misma trayectoria con más cuidado. El pase volvió a llegar tarde.

—Cuándo —dije.

El chico asintió.

Me acerqué antes de haber decidido hacerlo.
—¿Puedo probar una cosa?

El padre miró mi camiseta y luego el balón que tenía en las manos.
—Por favor.

Le pedí a la niña que hiciera el mismo corte. Esta vez le dije a su padre que soltara el balón en cuanto ella cruzara la línea de tres. El pase encontró sus manos debajo de la canasta.

Su cara no celebró el acierto. Lo reconoció.

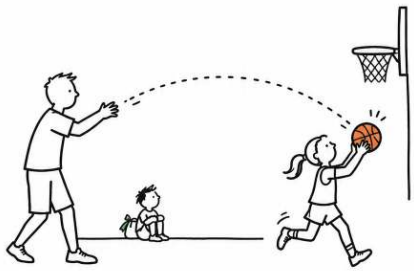
El padre dijo:
—Eso es lo que le estoy diciendo.

La niña sujetaba el balón.
—Tú me decías por dónde correr.

Él abrió la boca y luego miró la línea que ella había cruzado.

—¿Podemos repetirlo una vez más? —me preguntó.

En el siguiente corte soltó el balón antes. Ella lo recibió debajo de la canasta y se lo devolvió.



Esta vez el pase encontró sus manos.

Volví a la mesa de anotadores.

—No le estaba diciendo eso —dijo el chico.

—No.

—¿Por qué creía que sí?

—Porque los adultos a menudo recuerdan la instrucción que querían dar, no la que de verdad dieron.

—¿Los entrenadores también hacen eso?

—Sobre todo los entrenadores.

Detrás de nosotros, el padre preguntó: «¿Ha sido mejor?». Esta vez esperó su respuesta.

Después de aquello, el chico me observó con más atención.

—En nuestro partido de ayer —dije—, no paramos de fijarnos en el *dónde*. Puede que la verdadera pregunta fuera el *cuándo*.

—Puede.

—No pareces muy convencido.

—No vi el partido.

Era la primera vez aquella mañana que alguien renunciaba a tener una opinión sobre él.

Volví a poner mis notas boca arriba. Junto a ESPACIOS escribí TIMING.

Fue la primera nota honesta que tomé en toda la noche.

IV

La sala de trofeos

El director del torneo nos encontró a las seis y media.

Llevaba unos auriculares con micrófono, aunque nadie hablaba por ellos. Miró al chico y luego su carpeta.

—¿Nombre? ¿Equipo? ¿Dorsal?

El chico no tenía ninguna de las tres cosas.

—Los niños no pueden sentarse junto a la mesa de anotadores sin acreditación —dijo el director.

—¿Y dónde puede sentarse? —pregunté.

El director señaló un pasillo.
—En cualquier sitio menos aquí.

Así que echamos a andar.

El pasillo terminaba en una sala con paredes de cristal donde se exhibían los trofeos de torneos anteriores. Las copas llenaban las estanterías. Las fotografías cubrían el resto. En cada fotografía, un entrenador ganador aparecía en el centro.

Dentro, un hombre colocaba medallas en filas rectas.

—Llegan pronto —dijo—. Bien. Los ganadores llegan pronto.

Me reconoció y me preguntó por nuestra derrota. Antes de que pudiera contestar, él mismo ofreció la explicación.

—No lo quisieron lo suficiente.

El chico miró las medallas.
—¿Cuánto es suficiente?

El hombre sonrió.
—Más que el otro equipo.

—¿Y cómo se nota que alguien lo quiere?

—Se ve en ganar.

—Entonces, ¿cómo lo sabe antes del partido?

El hombre dejó de alinear medallas.

Intenté rescatarlo.
—Quiere decir que los jugadores tienen que competir.

—Ya sé lo que es competir —dijo el chico—. Lo que no sé es cómo perder demuestra que alguien lo quería menos.

El hombre cogió una medalla de oro y se la tendió.

—Esto lo demuestra.

—¿Y qué demuestra la de plata?

—Que alguien quedó segundo.

—¿Ellos querían la plata?

—Nadie quiere la plata.

—Entonces no puede ser cuánto lo quieres lo que decide.

La sala se quedó muy en silencio, para ser un lugar que contenía tanta victoria.



No cogió la medalla.

El hombre se volvió hacia mí.
—¿Viene con usted?

—No —dije.

La respuesta salió demasiado rápido. El chico me miró a mí y luego a la medalla.

El hombre siguió con sus filas.
—Mejor. Esas preguntas se contagian.

Salimos de la sala de trofeos.

En el pasillo, el chico dijo:
—¿Tú quieres ganar hoy?

—Muchísimo.

—Entonces tenía un poquito de razón, ¿no?

—Un poquito.

—¿Qué poquito?

Lo pensé más tiempo del que esperaba.

—Las ganas importan. Lo que pasa es que no se pueden medir con una medalla.

Asintió. Luego dijo:

—Podías haber dicho que estaba contigo.

—Apenas te conozco.

—Es verdad.

V

La sala de vídeo

La puerta siguiente estaba abierta.

Dentro, seis entrenadores veían los partidos del día anterior en seis pantallas. Todos llevaban auriculares. Los jugadores de las pantallas estaban cubiertos de círculos, flechas, ángulos y marcas de colores.

Uno de los entrenadores me hizo una seña para que entrara.
—Hemos sacado clips de vuestro partido.

Me enseñó una posesión del segundo cuarto. Nuestra base recibía el balón en el lateral, dudaba y lo devolvía atrás. El entrenador congeló la imagen.

—Mala decisión.

Le puso una etiqueta roja al momento.

—¿Qué tendría que haber hecho? —preguntó el chico.

—Atacar el hueco.

—¿El hueco estaba abierto?

El entrenador retrocedió tres segundos.
—Ahí.

—Estaba abierto antes de que ella recibiera el balón.

—Exacto. Fue demasiado lenta.

—¿Podía verlo?

El entrenador amplió la imagen cenital. Desde el techo se veía todo.

—Eso lo ve cualquiera.

El chico señaló a la defensora que estaba entre nuestra base y el hueco.

—Nosotros vemos por encima de ella —dijo—. ¿Tu jugadora podía?

—Debería haberlo visto.

—¿Alguien le enseñó dónde y cómo mirar?

El entrenador no respondió.

El chico mantuvo el dedo en la pantalla, sobre el espacio que tapaba la defensora.
—Entonces a lo mejor ni siquiera es un error —dijo despacio—. A lo mejor todavía no sabe buscar los huecos. O sí sabe, pero desde el ángulo en que estaba ese hueco no se veía.

Pasó la uña del pulgar por la cinta verde.
—Yo también le he dicho a alguien que tenía que ver cosas que todavía no podía ver.

El entrenador no dijo nada. Cambió la etiqueta de rojo a ámbar. Fue un cambio pequeño, pero me di cuenta.



¿Podía verlo?

En otra pantalla, unas cifras mostraban cada pase, cada tiro, cada carrera, cada error del día anterior: cada paso que había dado cualquiera. Las cifras eran preciosas. Hacían que los partidos parecieran haber sabido desde siempre lo que significaban.

—¿Qué cifra la ayuda hoy? —preguntó el chico.

—Todas —dijo un segundo entrenador.

—No puede llevárselas todas a la pista.

—Para eso nos tiene a nosotros.

Miré la imagen congelada de mi base. En el descanso le había pedido once correcciones. Podía recitarlas. No recordaba si ella había dicho algo.

—¿Te dijo lo que vio? —me preguntó el chico.

—No.

—¿Se lo preguntaste?

—No.

No dijo nada más. Se levantó y esperó junto a la puerta.

Antes de irme pedí el clip. El entrenador me lo mandó al móvil, sin flechas ni marcas.

Lo vi en el pasillo. Sin las flechas, tuve que verlo tres veces para encontrar el hueco.

VI

El jugador que lo dejó

Al volver de la sala de vídeo pasamos por la Pista Cinco.

Un partido estaba en su último minuto. En la mesa de anotadores estaba sentado un chico alto de unos diecisiete años, con una cinta de voluntario colgada al cuello. Llevaba el reloj sin levantar la vista. Junto al acta había un cuaderno grueso de tapas blandas y dobladas.

El chico se detuvo.

—No está mirando el partido —dijo.

—Está trabajando.

—Tampoco está mirando eso.

Sonó la bocina. Los equipos se dieron la mano y los dos siguientes empezaron a calentar. El voluntario se quedó donde estaba. Nos sentamos en el extremo de su mesa.

—¿Juegas? —le preguntó el chico.

—Jugaba.

—¿Por qué lo dejaste?

—El entrenador no confiaba en mí.

—¿Por qué no?

—Porque no mejoraba.

—¿Y por qué no mejorabas?

—Porque no me sacaba a jugar.

El círculo estaba cerrado. Había oído versiones de aquello muchas veces, casi siempre desde el lado seguro de una mesa de despacho.

El chico miró el cuaderno.
—¿Qué hay ahí?

El jugador mayor lo giró hacia nosotros. Página tras página, con una letra pequeña y cuidadosa: fechas y, debajo de cada fecha, frases. *Codo dentro. Balón más alto. No mires al banquillo. Mira el lado débil. Tira con confianza. Más despacio. Más rápido.* Algunas líneas estaban tachadas. Algunas estaban escritas dos veces.

—Todo lo que me dijeron mis entrenadores —dijo—. Cuatro años. Lo apunté todo para no olvidarlo.

—¿Y lo olvidaste?

—No. Ese era el problema. —Cerró el cuaderno—. Al final, cada vez que recibía el balón, lo tenía todo en la cabeza a la vez. No se puede jugar con cuarenta páginas en la cabeza.

—¿Estaban equivocados?

—Casi siempre tenían razón.

—¿Entonces qué estaba mal?

Lo pensó.
—Nadie me dijo nunca cuál importaba y cuándo. Y cada vez que probaba algo por mi cuenta, aparecía una página nueva.

El chico se volvió hacia mí.
—¿Tú alguna vez has hecho que alguien lo deje?

El cuaderno del jugador mayor estaba entre nosotros. No dejaba de mirar sus tapas dobladas.

—Seguramente más de una vez —dije—. Pero de uno estoy segura. Un chico que no sabía hacer una bandeja con la mano izquierda. Me parecía bueno. Le pedí que viniera antes los sábados, en parte para enseñarle y en parte para ver si de verdad tenía ganas.

—¿Fue? —preguntó el jugador mayor.

—Dos veces. El tercer sábado, no. Tampoco volvió nunca a entrenar.

—¿Y qué te dijiste a ti misma?

—Que no tenía suficiente determinación.

Durante un rato, nadie dijo nada.

El chico acercó su silla a la mía. Las patas hicieron un pequeño ruido quejumbroso contra el suelo.

El chico se volvió otra vez hacia el jugador mayor.
—¿Qué más recuerdas?

El jugador mayor se quedó mirando el suelo.

Por fin dijo:
—Una vez me llegó un pase desde la esquina. Lo recibí sin mirar. Quien me lo pasó sabía dónde iba a estar. Nadie tuvo que decir ni una palabra.

—¿Todavía podrías atraparlo?

—No lo sé.

Un balón del calentamiento había rodado bajo la mesa. El chico lo recogió. Sin avisar, se lo pasó. No muy fuerte, pero sí mal. El jugador mayor lo atrapó contra el pecho.

—Ha sido un pase horrible —dijo.

—Pero lo has atrapado.

El jugador mayor miró el balón que tenía en las manos.

Una niña del calentamiento le hacía señas para que se lo devolviera. No lo devolvió rodando. Se levantó y se lo pasó, tenso y rápido, y ella lo recibió sin perder el paso.

Volvió a sentarse. Al cabo de un momento metió el cuaderno en su bolsa, debajo de la mesa, y cerró la cremallera.



Sus manos se acordaban.

Nos fuimos antes de que empezara el partido.

En el pasillo le dije:
—Tendrías que haberle avisado antes de pasársela.

—Entonces no habría sabido si sus manos se acordaban.

—Podrías haberle asustado.

El chico frunció el ceño. Era la primera corrección mía que no aceptaba fácilmente.

—Funcionó —dijo.

—Esta vez. Eso no lo sabías antes de pasársela.

Después caminó en silencio, mirándose las manos. En la siguiente puerta esperó a que lo alcanzara.

VII

Catorce ejercicios

En el otro extremo del edificio, un silbato sonaba cada veinticuatro segundos.

Lo seguimos hasta la Pista Doce. Siete niños pasaban de un ejercicio a otro mientras un entrenador recolocaba conos, recogía balones, miraba el reloj y volvía a pitar.

Contamos catorce ejercicios, treinta y cinco silbatazos, ninguna pregunta y nada de agua.

Cuando terminó la sesión, el entrenador se sentó contra la pared. Parecía demasiado cansado para sacarse el silbato de la boca.

—¿Qué problema resolvía el séptimo ejercicio? —preguntó el chico.

El entrenador cerró los ojos.
—¿Cuál era el séptimo?

—Dos filas. Recibir, pivotar, pasar.

—Ese lo hacemos siempre a las siete y cuarto.

—Eso es el cuándo. ¿Para qué sirve?

El entrenador abrió los ojos.

Esperaba que se defendiera. En lugar de eso, dijo:
—Antes lo sabía.

Nos contó que hubo un tiempo en que cada ejercicio tenía una razón. Uno enseñaba a los jugadores a levantar la cabeza y mirar antes de pensar en las manos. Otro, el segundo apoyo al hacer una parada. Otro obligaba a elegir entre pasar y penetrar.

—Luego el club puso un programa —dijo—. Luego evaluaciones. Luego más categorías. Las explicaciones se fueron acortando. Ya no quedaba nadie a quien preguntar cuando algo dejaba de funcionar.

—Hacer lo mismo todos los días —dijo el chico—. ¿Eso es bueno?

—Antes lo era. Así es como lo aprendieron.

—¿Y ahora?

—Ahora es como si hubiera dejado de pensar en ello.

—¿Podemos hacer el séptimo? —preguntó el chico.

El entrenador miró hacia la salida.
—Tengo otro grupo dentro de diez minutos.

—Entonces nos da tiempo para unas cuantas repeticiones.

Se colocaron uno frente al otro. Recibir, pivotar, pasar. Despacio.

En la quinta repetición, el entrenador dijo:
—Mantén el pie de pivote en el suelo.

En la sexta:
—Mira adónde vas a pasar antes de recibir.

En la séptima se detuvo.

—Para eso servía.

Para la octava quitó el cono que le indicaba al chico hacia qué lado girar.

—Ahora elige tú —dijo.

El chico recibió, leyó dónde estaba el entrenador y pivotó alejándose de él.

—Mejor —dijo el entrenador.



Para la octava, quitó el cono.

Cuando entró el grupo siguiente, los conos seguían amontonados. El entrenador sentó a los niños y les preguntó qué esperaban de la sesión.

Ninguno lo sabía. Aun así, esperó una respuesta.

Cuando llegábamos a la puerta, me llamó:
—Tu primer ejercicio del lunes. ¿Para qué sirve?

No me dio tiempo ni a abrir la boca.

—Bueno, me lo cuentas cuando vengas al próximo torneo —dijo.

—Me ha caído bien —dijo el chico mientras salíamos.

—¿Por qué?

—Porque quería acordarse.

—Parecía cansado —dije.

El chico miró hacia atrás a través del cristal.

—¿He sido demasiado duro con él?

—No creo. Solo lo ayudaste a acordarse.

Detrás del cristal, el entrenador escuchaba a una niña que acababa de levantar la mano.

VIII

Las mismas zapatillas

Hacia las ocho, el pasillo principal estaba lleno.

Los jugadores iban de pista en pista con bolsas idénticas. En cinco minutos pasaron por delante de nosotros más de cincuenta chicos. Muchos llevaban las mismas zapatillas. Muchos llevaban la misma expresión seria que ponen los adultos cuando quieren parecer ocupados.

Una mujer con auriculares los dirigía.

—Pista Tres a Pista Siete. Pista Ocho a Pista Cuatro. Equipo azul, arriba. Equipo rojo, al otro lado de la calle.

—¿Adónde van? —preguntó el chico.

—A su siguiente partido.

—¿Y después?

—Al siguiente.

—¿Cuándo paran?

—Cuando pierden.

A su lado había un ojeador bajo un cartel que decía MÁS LEJOS, MÁS RÁPIDO. Ofrecía evaluaciones, rankings, plazas en equipos de competición, sesiones privadas, campus de élite y un programa que prometía saltarse un año de desarrollo.

—¿Qué año? —preguntó el chico.

—El lento —dijo el ojeador.

—¿Qué pasa en el año lento?

—Sobre todo fundamentos.

—¿Y por qué iba a querer saltármelo?

El ojeador le dio un folleto. En la portada, un jugador saltaba entre humo hacia una canasta que nunca habría cabido en aquella foto.

—¿Y adónde llego? —preguntó el chico.

—Al siguiente nivel.

—¿Y qué hay allí?

—El nivel siguiente.

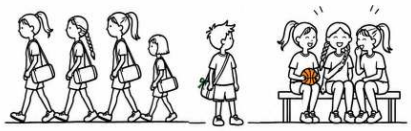
El chico le devolvió el folleto.

—Creo que iré andando.

El ojeador ya se había vuelto hacia otra familia.

Seguimos entre la gente. Junto a las puertas, un equipo sentado en un banco se reía de algo que había pasado en el desayuno. Una jugadora, de pie en el centro, imitaba cómo otra había dejado caer una bandeja. Su risa formaba a su alrededor una pequeña burbuja invisible y alegre.

El chico se quedó mirando demasiado tiempo.



El chico se quedó mirando demasiado tiempo.

—Nia se ríe así —dijo—. Cuando falla un tiro o pierde el balón, vuelve a representarlo todo, desde el principio.

Era la primera vez que decía su nombre.

—Una vez se le cayó el balón al charco —dijo—. Me dio su bolsa para que se la sujetara y se estiró para cogerlo. Se le salió la zapatilla y también cayó dentro. Así que yo acabé sujetando su bolsa y su balón, y ella pescando su zapatilla.

Casi sonrió. Abrió la mano, como si todavía sujetara aquellas cosas.

—Podrías unirte a ellas —le dije, señalando al equipo con la cabeza.

—No las conozco.

—Eso suele pasar antes de unirse a la gente.

—Ya tienen suficientes jugadoras.

—En un equipo suele haber sitio para una más.

Dejó de andar y apretó la correa de su bolsa. Yo tenía más cosas que decir, pero lo dejé ahí.

—¿Te sientas conmigo hasta que lleguen? —le pregunté.

Asintió.

Encontramos el banco que había delante de mi vestuario. Me dejó sitio sin levantar la vista.

IX

El banquillo

Mi equipo llegó a las ocho y cuarto.

Nos encontraron en el banco de delante de nuestro vestuario. Tess me dio la llave de mi habitación, que me había dejado puesta en la puerta del hotel. Mara le pidió al chico que apartara su bolsa para poder sentarse.

Las reuní alrededor de la pantalla vacía de la sala de vídeo.

—Ayer os di demasiadas respuestas —dije—. Hoy solo tengo dos preguntas.

Tess, nuestra capitana, se cruzó de brazos.
—Ayer tenías once respuestas. ¿Ahora quieres las nuestras?

—Sí.

No descruzó los brazos.

Puse el clip sin marcas de nuestra base en el lateral.

—Mara, ¿qué viste?

Mara me miró para averiguar si aquello era un examen.

—La grande estaba arriba. Pensé que el hueco se iba a cerrar.

—¿Qué necesitabas?

—El pase antes. O que Liv cortara más tarde. Llegamos a la vez.

Dónde y cuándo.

Liv se inclinó hacia delante.
—Creía que había llegado tarde.

—Llegaste pronto —dijo Mara.

Volvimos a mirarlo. A medida que lo mirábamos desde ángulos distintos, las decisiones tomaban formas distintas.

Durante veinte minutos, las jugadoras hablaron más que yo. Sus explicaciones eran muy desordenadas. Se contradijeron muchas veces, pero al final encontraron un problema que mis tres páginas de notas habían pasado por alto y que había estado todo el tiempo delante de nuestros ojos. Hacia el final, Tess dijo: «Su grande siempre sale cuando giramos el balón al otro lado». Luego pareció molesta por haberlo dicho.

Entonces Mara se fijó en el chico.

—¿Entrena con nosotras?

Lo miré. Me acordé de la sala de trofeos.

—Está conmigo —dije.

El chico bajó la mirada.

—¿Sabe jugar? —preguntó Mara.

—Sí —dijo él.

—Bien. Somos nueve.

En la pista jugamos tres contra tres a una canasta. Mara propuso que una canasta solo valiera si los tres jugadores habían tocado el balón. Las demás aceptaron probarlo.

El chico se movía de maravilla sin balón. Se detenía siempre con equilibrio, veía el espacio pronto y recibía todos los pases difíciles.

Pero cada vez que recibía el balón, se quedaba congelado.

Examinaba cada opción hasta que desaparecía.

—¡Muévela! —gritó Mara.

Hizo el pase seguro, de vuelta hacia donde había venido.

La posesión siguiente fue igual. Sabía encontrar el hueco. Dejar que otro tuviera el balón le costaba más.

Paré el juego.

—¿Qué ves? —le pregunté.

—Muchas cosas.

—Elige una.

—¿Y si me equivoco?

—Pues lo arreglamos entre todos —dijo Mara.

—Todavía no estoy seguro.

—Has visto a Liv cortar —le dije—. Prueba el pase cuando ella salga. Luego miramos qué ha pasado.

En la siguiente posesión, recibió arriba. Liv cortó. Él pasó, y la defensora de Liv ya estaba en la línea de pase. Desvió el balón.

—Otra vez —dijo Liv.

La segunda vez, la defensora ni siquiera miró a Liv. Estaba segura de que el pase iba a llegar.

Mara paró el balón.
—No te está defendiendo a ti. Está defendiendo tu pase. Nunca atacas el aro, así que no tiene que preocuparse por ti.

El chico miró la canasta como si alguien la hubiera acercado.

Liv señaló el semicírculo pintado bajo el aro.
—Si consigues ponerle dos ojos, te sonríe. Es la Carita. Intenta llegar a ella. Oblígala a salir a por ti.

La siguiente vez penetró: dos pasos hacia la Carita. La defensora de Liv la dejó para pararlo a él. Él pasó. El balón encontró a Liv en carrera. Liv anotó la bandeja y lo señaló. Tess cogió el balón bajo la red y lo sacó detrás de la línea de tres.

Por primera vez, el chico sonrió sin intentar esconderlo.



Oblígala a salir a por ti.

Durante los últimos minutos quitamos la regla de que los tres tuvieran que tocar el balón. Liv seguía enseñándole las manos cuando cortaba. Él seguía buscando el momento justo para el pase. Una vez, cuando nadie salió a por él, se quedó con el balón y anotó él mismo. Nadie le había dicho que lo hiciera.

Con su siguiente pase, Tess encontró a Mara en el espacio libre. En la posesión siguiente, Tess le pidió el balón de vuelta. Mara se lo dio.

Cuando paramos, el chico se sentó a mi lado para volver a atarse la zapatilla. Aparté el pie para no estorbarle. Terminó el nudo y se quedó allí.

X

El partido

Al descanso perdíamos de once.

Mi yo de antes entró primero en el vestuario. Traía la hoja de estadísticas, ajustes, emparejamientos y un discurso sobre la urgencia. Estaba dispuesta a llenar cada silencio antes de que las jugadoras pudieran siquiera oírse pensar.

La dejé esperando fuera.

—¿Nuestro problema es de tiempo o de espacio? —pregunté.

Mara contestó la primera.
—Tiempo. Lo vemos, pero el balón llega cuando la ayuda ya ha vuelto.

—¿Qué podemos cambiar?

Las jugadoras discutieron. Hanna quería más penetraciones: si entrábamos en la zona, la ayuda tendría que decidir pronto. Tess quería las esquinas ocupadas, para que la ayuda tuviera más camino que recorrer y nosotras espacio que aprovechar. Alguien quería menos botes y más cortes. Liv dijo que cortábamos porque lo decía el sistema, no porque hubiera espacio.

—Entonces dejad de intentar jugar el sistema —dije.

Mi ayudante se me quedó mirando.
—Le dedicamos nuestros tres últimos entrenamientos.

—¿Y qué jugamos?

—Lo que veamos —dijo Liv—. Lo que nos den.

—¿Así que los tres entrenamientos no sirvieron para nada?

—No —dijo Mara—. Gracias a ellos sabemos qué estamos mirando.

El chico estaba sentado al final del banquillo con una camiseta de calentamiento de repuesto. Las normas del torneo no le dejaban jugar. Seguía cada posesión como si estuviera dentro.

En el tercer cuarto empezamos a equivocarnos más deprisa. Mara se estrelló contra un muro de ayudas. Liv cortó demasiado pronto. Hanna pasó a un espacio que todavía no había elegido nadie.

Estuve a punto de pedir tiempo muerto.

Entonces empezaron a ajustarse.

Los pases salían antes. Los cortes esperaban. Las esquinas se llenaban. En cada tiro, todas iban al rebote. Cuando lo cogíamos, todas corrían, incluso Hanna, que odiaba correr. Un tiro fallado, tras el rebote, se convertía en un pase extra y en un tiro mejor. El banquillo empezó a decir en voz alta lo que veía.

—¡Esquina vacía!

—¡Hay ayuda!

—¡Extra!

El pase de Hanna acabó en la tercera fila.

—¡Todavía no había salido! —gritó Liv.

Hanna asintió y volvió corriendo a defender.

A mitad del último cuarto, Mara se puso delante de una jugadora que penetraba y fijó los pies. La jugadora se la llevó por delante. El pitido fue contra Mara.

El árbitro tendría dieciséis años. Había estado detrás de la jugada.

Mara se giró hacia él, furiosa. Me levanté.

—Me pareció que tenías la posición ganada —le dije—. Se lo preguntamos en la pausa. Sigue jugando.

Ella seguía mirando fijamente al árbitro.

—Canasta torcida —dijo el chico desde el final del banquillo.

Mara lo miró sin entender qué quería decir. Soltó el aire y volvió corriendo a defender.

Dos posesiones después, la misma jugadora volvió a penetrar. Esta vez Mara llegó un paso antes, ganó la posición y se quedó de frente y quieta, de modo que hasta un árbitro detrás de la jugada podía verla. Esta vez pitó falta en ataque.

En la siguiente posesión, llegó la primera a un balón suelto. Cuando la niña que lo perseguía tropezó a su lado, Mara se agachó y la ayudó a levantarse.

A diez segundos del final, perdíamos de uno.

Pedí tiempo muerto.

Las jugadoras me miraron.

—¿Qué veis? —pregunté.

Nadie contestó enseguida. Entonces el chico se inclinó hacia delante.

—Cuando Mara levanta el balón, ¿adónde mira su grande?

—Al balón —dijo Liv—. Siempre al balón.

Liv me quitó el rotulador de la mano y puso dos puntos dentro del pequeño semicírculo bajo la canasta. Salió una cara sonriente. El chico le devolvió la sonrisa.

—La Carita —dijo Liv.

Dibujó cinco circulitos bien abiertos: dos en las esquinas, dos en los laterales y uno arriba. Luego, una flecha a través del hueco hacia la Carita.

Mara la señaló.
—Puedo llegar ahí.

—¿Y si vienen a pararme? —preguntó Mara.

Liv trazó una línea de vuelta a la esquina.
—Entonces estoy aquí.

Las demás se inclinaron. Tess abrió un círculo. Hanna borró una línea que se cruzaba en el camino de Mara. Liv se colocó a sí misma en la esquina y dio dos golpecitos en la pizarra.



Su jugada, en nuestra pizarra.

—¿Y si fallamos el tiro? —preguntó mi ayudante.

—Pues fallamos el tiro —dijo Mara.

Mara penetró hacia la Carita. Su grande salió a la ayuda para pararla. Liv se quedó abierta y enseñó las manos pidiendo el pase, y el balón le llegó antes de que la defensora pudiera volver.

Recibió, se cuadró y tiró.

El balón giró en el aro y salió. Tess fue a por el rebote. La bocina sonó antes de que pudiera volver a tirarlo.

Perdimos de uno.

Durante unos segundos nadie se movió.

Liv se sentó y se aflojó los cordones de una zapatilla. Le temblaban un poco las manos. Tess se sentó a su lado sin decir nada.

Luego Liv señaló a Mara.
—Ese era el pase correcto.

—Aun así quería que entrara —añadió.

—Yo también —dijo Mara.

El chico miró a Liv.
—¿La próxima vez?

—La próxima vez —dijo ella.

En el saludo final, la otra entrenadora me retuvo la mano un instante más de lo normal.
—Cambiasteis algo en el descanso —dijo—. Todavía no sé si nos hizo peores a nosotras o mejores a vosotras.

El chico esperaba junto al túnel.

—¿Crees que hemos aprendido algo? —le pregunté.

—Lo sabrás si mañana sigue ahí.

XI

El trabajo bajo el suelo

Después del partido, el chico le devolvió a Mara la camiseta prestada. Un balón rodó bajo la grada más baja.

El chico se metió a buscarlo. Lo oímos llamar desde la oscuridad.

Detrás de los asientos plegados había un espacio de servicio estrecho, lleno de polvo, cinta vieja y objetos perdidos a lo largo de muchas temporadas: un calcetín rojo, dos botellas de agua, un silbato, unas gafas de niño y decenas de balones de baloncesto que se habían quedado blandos.

La conserje del torneo apareció con una bomba de mano.

—Después de cada torneo —dijo—, recojo lo que el edificio se ha tragado.

Probó cada balón. Algunos aguantaban el aire. Otros perdían por la válvula. Uno se había abierto por una costura.

—¿Por qué los arregla? —preguntó el chico—. Arriba hay nuevos.

—Arriba siempre creen que hay nuevos. Aquí abajo sabemos cuántos hay.

Le dio la bomba.

Trabajó hasta que el primer balón se volvió redondo bajo sus manos. Era una tarea lenta. Nada de aquello parecía mejorar ni aprender.

—¿Quién la ve hacer esto? —preguntó él.

—Normalmente, nadie.

—¿Y entonces cómo saben que importa?

—No lo saben. Mañana vienen y el balón bota.

Infló otro.

Mientras él inflaba, yo apilaba los balones que aguantaban el aire. Los hombros empezaron a dolerme de una forma agradable. Encima de nosotros seguían los partidos. Chirriaban las zapatillas. Sonaban los silbatos.



Mañana vienen y el balón bota.

La conserje se agachó y recogió algo del polvo. Una cinta verde.

—¿Es tuya?

El chico palpó la cremallera de su bolsa. El nudo se había soltado mientras gateaba.

—Es de Nia —dijo.

No volvió a atarla. La sostuvo extendida en la palma de la mano.

Se llamaba Nia, nos contó. Tenía ocho años y vivía cerca de su pista. Por las tardes practicaba bajo la canasta perfecta, porque era la única a la que llegaba. Él le recogía los rebotes. Ella contaba las canastas.

—A veces llegaba antes que yo, se sentaba encima del balón y me esperaba. Decía que así lo reservaba.



Decía que así lo reservaba.

Se puso la cinta sobre la rodilla.

—Ató la cinta a la red para que todo el mundo supiera cuál era su canasta. Una vez me pidió que mirara un tiro suyo. Yo estaba arrancando malas hierbas. Esperó hasta que dejé el rastrillo de mano.

—¿Entró?

—No. Dijo que no estaba mirando bien.

Sonrió un poco y volvió a coger la bomba.

—La ayudé con los pies. Luego con las manos. A veces me lo pedía ella. Al cabo de un tiempo ya no esperaba a que me lo pidiera.

—¿Y ella qué hacía?

—A veces lo probaba. A veces sujetaba el balón hasta que yo dejaba de hablar. Pensaba que me escuchaba.

Él quería que ella amara el juego. Había empezado a decidir cómo tenía que ser ese amor.

Luego los mayores habían empezado a ir los domingos por la tarde. A las seis jugaban en las otras dos canastas hasta que se encendía la farola.

—La última vez que fui, ella ya estaba jugando con ellos. Le había llevado su balón pequeño. Me saludó con la mano, pero no vino.

Le dio la vuelta a la cinta.

—La llamé. Me dijo que yo también podía jugar. Le dije que no estaba preparada para ellos. Perdía el balón cada vez que se le acercaban.

Apretó la bomba entre las rodillas.

—No paraba de decirle dónde ponerse. Me dijo que parara. Luego falló un tiro y le volví a hablar de los pies.

—¿Y qué dijo ella?

—Que la canasta perfecta me la guardaba para mí. Arrancó esto de la red y me lo puso en la mano. Me dijo: «Quédate con tu canasta perfecta».

—Pero tú la cuidabas para ella.

—Sí.

Encima de nosotros, a alguien se le cayó un balón. Lo escuchamos botar varias veces.

—Le pregunté cuándo quería entrenar. Me dijo que podía entrenar sola.

Dejó la bomba en el suelo.

—Yo todavía tenía su balón en las manos.

La conserje cogió el balón inflado y lo botó una vez. Allí abajo sonaba más fuerte.

—Así que vine aquí —dijo él—. A ver cómo aprenden los jugadores. Y los entrenadores.

La conserje le devolvió el balón y siguió probando válvulas.

—¿Me puedo llevar este? —preguntó él.

—Sí. Tráelo si la válvula empieza a perder.

El chico volvió a pasar la cinta por la cremallera, la ató dos veces y apretó el nudo.

Subimos los balones buenos. En el último viaje, cogió uno de mi montón. Subimos despacio y ninguno de los dos dijo gran cosa.

XII

El pase de vuelta

Al anochecer, el pabellón del torneo se había vaciado.

Mi equipo había vuelto al hotel. La conserje iba apagando las pistas, fila de luces a fila de luces, empezando por el fondo. Alguien había arreglado durante el día el reloj de detrás de la mesa de anotadores. Marcaba las cinco y diez.

El chico miró el reloj.

—¿Todavía hay autobús?

Miré el horario en el móvil. Quedaba uno.

—Mañana es domingo —dijo—. Los mayores vienen a las seis.

Yo había pensado que quizá podríamos quedarnos en la Pista Uno hasta que la conserje tuviera que cerrar.

—¿Estará Nia?

—Normalmente llega antes que yo.

Se pasó la correa de la bolsa por el hombro. Llevaba el balón reparado bajo el otro brazo.

Encontramos la salida justo cuando se apagaba la última fila de luces.

Fuera, unos autobuses de equipos circulaban por el otro lado del aparcamiento. Abrió su bolsa. Dentro había un balón pequeño y un rastrillo de mano para arrancar malas hierbas de las grietas. Colocó mi primer dibujo —el pabellón con la puerta entreabierta— entre las dos cosas.

—No lo he terminado —dije.

—Por eso lo quiero.

Luego desató la cinta de la cremallera y se la enrolló en dos dedos.

—¿La vas a volver a atar en la canasta perfecta?

—Se la voy a dar a ella. Que la ate donde quiera jugar.

Señaló la parada de autobús al otro lado de la calle. Cruzamos juntos.

—Todavía no le he dicho que lo siento —dijo.

Nos sentamos en el banco de la marquesina. El balón descansaba contra sus zapatillas. En el cristal, nuestros reflejos estaban sentados a nuestro lado, un poco más oscuros y un poco más lejos.

El autobús llegaba tarde. Ninguno de los dos se quejó.

Seguimos sentados un rato más. Al otro lado de la carretera se encendieron las luces de una pista, una detrás de otra. Él se inclinó hacia delante para ver si había alguien.



El autobús llegaba tarde. Ninguno de los dos se quejó.

—Cuando veas una pista pequeña iluminada de noche —dijo—, no sabrás si es la mía.

—No.

Alisó la cinta con el pulgar.

—No sé si me va a esperar.

Me quedé a su lado. Todavía no había nada en la carretera.

El autobús dobló la esquina.

Cogió el balón. Fui a coger su bolsa antes de recordar que era suya. Me dejó llevarla hasta la puerta.

—¿Volverás? —le pregunté.

—No lo sé.

La respuesta fue pequeña y del todo corriente. No tenía nada útil que contestar.

Cogió la bolsa. En el escalón de arriba se volvió y levantó la mano. Levanté la mía.

Eligió un asiento junto a la ventanilla y se puso el balón sobre las rodillas. Cuando el autobús arrancó, levantó las dos manos contra el cristal, abiertas, como Liv enseñaba las suyas antes de cortar.

Le devolví el pase.

Cuando el autobús se fue, me quedé hasta que el cristal de la marquesina solo guardó mi reflejo.

Durante un tiempo, cada vez que le daba la vuelta a una hoja de partido, esperaba oír una voz junto a mi codo.

Las tardes en que paso junto a una pista con las luces encendidas, me paro. Busco a un chico que espera a que se le pase la impaciencia a otro. A veces solo hay un conserje cerrando. A veces oigo un balón mucho antes de ver quién juega.

No sé qué dijo Nia cuando él volvió a casa. He intentado imaginarlo, pero conocer solo una parte de la historia no me ha ayudado.

Sigo intentando dibujar al jugador que está aprendiendo.

Todas las versiones están sin terminar. En todas dejo la puerta un poco más abierta.